

José A. Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966*, Buenos Aires, Universidad de San Andrés/Fondo de Cultura Económica, 2006, 256 páginas.

En el último número de *History and Theory*, David Gary Shaw constata que "religion has turned out in a variety of ways to be more important and a more clearly permanent factor in history than our paradigms had supposed". Afirmación que la historiografía argentina puede muy bien hacer suya, al observar retrospectivamente el significativo desarrollo que los estudios de historia religiosa experimentaron desde mediados de la década de 1980 y el creciente número de investigadores que hoy transita ese sendero. Es ya un lugar común señalar la recuperación del orden constitucional como momento fundante de un interés por la historia de la religión que hasta entonces había sido excepcional en las universidades nacionales, y que ese interés nació a menudo de la búsqueda de respuestas a preguntas relacionadas con el oscuro pasado reciente. Tal vez más temprano que tarde nos sea dado revisar esa genealogía que por ahora nos satisface. Lo que interesa más, a mi juicio, es que en el campo de los estudios de historia y sociología religiosas está trabajando de manera intensa y se multiplican los canales de comunicación y participación, las iniciativas de todo tipo y los ámbitos institucionales de reflexión y producción de investigaciones específicas. Enhorabuena, porque el atraso de la historiografía y las ciencias sociales argentinas en ese plano era lamentablemente notorio. Enhorabuena, además, porque ese desarrollo nos ofrece trabajos de la calidad del volumen que me toca comentar, compendio de la Tesis de Maestría realizada por su autor en el marco del Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés bajo la dirección experta de Lila Caimari, a quien la historia del catolicismo debe páginas luminosas.

Munido de esa garantía y nutrido por los aportes que ha sido capaz de ofrecer hasta ahora la producción historiográfica del catolicismo, el libro de Zanca constituye una contribución sumamente original por varios motivos. Uno de ellos radica en la elección del período y en el objeto de estudio. Mientras el grueso de la producción historiográfica "laica" referida al pasado de la Iglesia Católica tendió a concentrarse en la transición del régimen borbónico a la vida independiente, por un lado, y por otro en el período de entreguerras y los primeros gobiernos peronistas, Zanca ha elegido investigar el tramo de historia que se extiende entre los dos golpes de estado que signaron la caída de Perón en 1955 y el ascenso de Onganía en 1966. Por otra parte, su trabajo no está orientado hacia la historia institucional, ni a las relaciones entre cúpulas eclesiásticas y elencos gobernantes, ni siquiera al estudio de las organizaciones de masas que constituyeron el movimiento católico, sino hacia el estudio de un grupo de intelectuales que, unidos por un entramado de experiencias históricas, pueden ser considerados miembros de una generación. Zanca habla sí de la historia de la Iglesia, del catolicismo y del país, pero lo hace a partir de los puntos de vista, de los temores y de los anhelos de los hombres de esa generación. Esa elección es sin duda otro de los motivos que dan cuenta de la originalidad del trabajo, porque al abrazarla el autor puede desentenderse del terreno, mucho más transitado, de las relaciones entre las cúpulas de la Iglesia y del Estado y de las lecturas del catolicismo en clave política, que ocupan en el texto el lugar del telón de fondo.

La mirada que la obra proyecta sobre esa generación de intelectuales católicos es lo suficientemente sagaz como para evitar caer en el simplismo -estaba por decir en el candor- de pensar el campo religioso con parámetros propios de la política, intentando encasillar figuras, ideas y actitudes en términos de derecha e izquierda o, lo que es lo mismo, de conservadurismo y progresismo. Lamar la atención en relación a este punto es siempre oportuno, porque los debates y problemas que atraviesan al catolicismo se relacionan demasiado frecuentemente de otros debates y problemas que eran ya antiguos en el momento en que el mundo occidental adquirió el lenguaje de la política. Por eso Zanca expresa la necesidad de considerar en su estudio "un triple cruce, a través del cual los discursos particulares pueden 'correr' de uno a otro lado, y encontrar puntos de unión y ruptura". Y aunque uno de los ejes de ese cruce es el político, el autor cree imprescindible contemplar otros dos planos: por un lado, el específicamente religioso, "entendiendo que el carácter confesional de estos

intelectuales marca en forma integral el conjunto de actividades que desempeñan", y que su misma existencia resulta incomprensible fuera de la "problemática relación" de la cultura confesional que representan con la sociedad a la que pertenecen. El otro plano es el disciplinario, puesto que la adscripción al campo intelectual implica para ellos "una constante negociación entre la fe y las necesidades propias del debate entre letrados".

En cualquier estudio de historia del catolicismo contemporáneo, en última instancia de lo que se habla es del proceso de secularización, que da cuenta de la existencia misma del objeto de estudio, desde el momento que el catolicismo y la Iglesia contemporáneos son resultados de ese proceso. En el caso del objeto de estudio de Zanca puede decirse que este punto de partida es todavía más pertinente, porque los intelectuales de los que se ocupa el libro pertenecen, en general, al vasto y multiforme universo del laicado católico, resultado del proceso de disolución del régimen de cristiandad del siglo XIX y de los cambios que en todos los órdenes de la vida colectiva introduce la secularización. Si el laicado nace de esa ruptura es porque para el régimen cristiano "antiguo" los "laicos" eran todos los individuos que no hubiesen ingresado al clero. Para la Iglesia contemporánea, en cambio, laicos son particularmente los fieles que se reconocen católicos y se consideran vinculados a la autoridad de la jerarquía. En contexto de confrontación, laicos son los que han de defender "los derechos de la Iglesia" con las armas del mundo, que han pasado a ser las de la política, el conocimiento, la economía. El lugar de los intelectuales de Zanca se sitúa en la intersección de dos campos, el religioso y el intelectual, a los que también la secularización ha dado forma. Se trata de un espacio de frontera o bisagra en un doble sentido: entre mundo confesional y mundo académico "laico", por un lado, y por otro entre jerarquía y laicado católico. Lugar conflictivo porque esos intelectuales no responden, al menos no en todos los casos ni en todas las coyunturas, al papel meramente pasivo en el que la Iglesia intenta mantenerlos sujetos. De allí nace en parte el drama de esa generación, mirada con recelo tanto por sus pares del mundo académico "laico" como por parte de una jerarquía eclesiástica con la que no han de faltar los roces y los chisporroteos.

Los intelectuales de Zanca se encuentran además situados entre dos generaciones, la de los nacionalistas católicos de la década de 1930 y la de los "liberacionistas" que tradujeron -tal vez radicalmente- las reformas del Concilio Vaticano II a la realidad latinoamericana. Entre ellas median cambios sustanciales en los vínculos entre religión y sociedad en Argentina. Como los últimos decenios de investigación sociológica e histórica enseñan, la secularización no constituye un proceso ni lineal ni irreversible. Su historia no es la historia de la progresiva muerte de la religión, sino la de la permanente reformulación de su lugar en el orden social contemporáneo. Las miradas teleológicas que hicieron de la teoría de la secularización el paradigma sociológico de mayor aceptación del siglo XX han ido dejando paso a otras más cautas que sin negar -al menos, no en todos los casos- la validez del concepto, han considerado necesario redimensionar sus alcances. En el caso argentino, como en otros, el lugar que en el espacio público cupo a la Iglesia católica varió, como sabemos, luego de la Primera Guerra Mundial. Durante el período de entreguerras una generación de militantes e intelectuales, laicos y sacerdotes, hizo suyo el llamado de Pío X a "instaurare omnia in Christo" frente a la crisis del liberalismo y el surgimiento de alternativas que desde el punto de vista católico parecían tanto o más peligrosas. Los intelectuales de Zanca, por el contrario, son hijos del giro humanista, no exento de ambigüedades, que en la segunda posguerra da origen a los partidos democristianos europeos y alimenta los fermentos que darán lugar al Concilio Vaticano II. La distancia que han sido capaces de tomar respecto de "los cánones ideológicos de los años 1930 y 1940" y el rechazo del modelo de cristiandad que había gozado de amplia adhesión entre un buen número de los pensadores católicos más ligados al nacionalismo de entreguerras es la marca distintiva de esa generación.

La reflexión en torno a esa discontinuidad y a las diferencias ideológicas entre ambas generaciones subyace a lo largo de todo el volumen y sale a la superficie con frecuencia. Tal vez hasta puede

decirse que estructura el trabajo. Zanca señala y analiza la influencia, en los intelectuales católicos de esa "generación del '50", del desarrollo de las ciencias sociales aplicadas al estudio del campo religioso y del impacto del humanismo cristiano de Jacques Maritain y del personalismo de Emmanuel Mounier, así como la buena acogida que brindaron a la *nouvelle théologie* de Henri De Lubac, Pierre Teilhard de Chardin, Hans Urs von Balthasar, Yves Congar, Karl Rahner en vísperas de la convocatoria al Concilio Vaticano II. En este plano, el caso de los intelectuales argentinos se ajusta, aunque con particularidades propias, a los de otros medios católicos de la época. Pero las razones de la existencia de esa generación se explican también -y es éste uno de los aportes más originales de Zanca- por la progresiva -y conflictiva- formación de una "opinión pública católica", fruto indeseado del impulso que la jerarquía eclesiástica de la primera posguerra concedió a las organizaciones de laicos en tanto que extensión de su brazo en la tarea de recristianizar al mundo secularizado. Esa lectura habermasiana permite a Zanca advertir y analizar las múltiples tensiones que genera en el interior del catolicismo la proliferación de unas organizaciones laicales que, aunque nacen para encolumnarse tras el proyecto general de reconquista del mundo, son capaces de conservar -o de ganar- un alto grado de autonomía que deriva tal vez en manifestaciones de indocilidad. "Lejos de las intenciones de sus fundadores", señala Zanca agudamente, "esos espacios se convirtieron en ámbitos de discusión y permitieron que los católicos desarrollaran un proceso de autorreconocimiento".

Ese fenómeno es claro, dice Zanca, durante el conflicto que enfrenta a la Iglesia con el peronismo en 1954 y 1955, cuando la jerarquía perdió control sobre las actividades clandestinas de ciertos círculos laicales. Aunque hay que decir que las dificultades en ese plano eran menos nuevas de lo que puede pensarse: la jerarquía había debido lidiar también en los años treinta y cuarenta con grupos poco dispuestos a adecuar sus simpatías por el nacionalismo, tal vez exaltadas, al discurso más moderado propuesto por la mayoría de los obispos. Recordemos al respecto los "no pocos dolores de cabeza" que según Loris Zanatta provocó a los prelados la simultánea militancia de católicos en la *Acción Católica* y en organizaciones favorables al "nacionalismo exagerado"; o el apoyo que brindó a la *Unión Democrática* el grupo *Orden Cristiano* en 1945 a pesar de las advertencias y directivas episcopales. En suma, si es claro que el laicado católico organizado fue para la jerarquía eclesiástica una herramienta indispensable en la tarea de "recristianizar al mundo", lo es también que como utensilio no fue siempre de fácil manejo, especialmente en las décadas centrales del siglo XX. Su desarrollo introdujo, explica el autor, modificaciones en el campo católico que minarían las bases del proyecto inicial.

Algo más hay que decir sobre la distancia que según Zanca sus intelectuales supieron establecer con respecto al modelo de cristiandad que había subyugado a sus antecesores. Aunque no deja de advertir que "ese proceso no fue lineal, ni homogéneo, ni estuvo libre de condicionamientos", la sustancial discontinuidad que señala entre ambas generaciones merece ser objeto de ulteriores investigaciones. Es cierto que la "generación del '50" buscó establecer con el mundo otro tipo de relación, renunciando a la idea de la "reconquista" para adoptar más bien una mirada fundada en la distinción entre Iglesia y Estado, entre comunidad creyente y sociedad, entre fe y política. Son evidentes sus anhelos de dinámicas más participativas en el interior del mundo católico, obturadas, antes de encontrar feliz acogida durante la primavera conciliar, durante ese momento glacial del interminable pontificado de Pío XII que inauguró la encíclica *Humani generis* en 1950, momento que trajo consigo la condena del pensamiento de varios teólogos y de varias experiencias innovadoras, como la de los curas obreros franceses y belgas. Sin embargo, valdría la pena ahondar más en la continuidad de concepciones y de representaciones de base que unen a ambas generaciones y que incluso pueden rastrearse incluso en la de los "liberacionistas" del período post-conciliar. Un elemento común puede tal vez detectarse en el recelo hacia la política de los partidos, denostada por la generación precedente y mirada a menudo con sorna por los "liberacionistas", más afectos al movimientismo o a la adscripción a organizaciones de otra índole.

Nunca son demasiadas las precauciones del historiador que se propone abordar un objeto de estudio como el elegido. El autor deja cautamente en claro que sólo le es posible hablar de una nueva generación en función de un haz de líneas de pensamiento convergentes y tomando debida cuenta de la "pluralidad de miradas, cadencias y tonos" de los discursos que produjeron los protagonistas. Sana cautela, dadas las dificultades que presenta el uso del concepto de generación aplicado a la política y que los estudios sociológicos han puesto en evidencia desde los clásicos estudios de Karl Mannheim. Si definir una generación y diferenciar sus ideas y concepciones de las generaciones que la antecedieron constituye en cualquier caso un desafío, las dinámicas propias del campo religioso, que Zanca demuestra conocer bien, magnifican el reto. El autor presta particular atención a los laicos de esa "generación del '50", pero a ella pertenecen -y sobre ella ejercieron profunda influencia- conspicuos miembros del clero como Jorge Mejía y Rafael Braun, por no hablar de Gustavo Franceschi, esa especie de bisagra entre la vieja y la nueva guardia. Los estrechos vínculos entre esos sacerdotes y esos laicos politólogos, sociólogos o economistas que atraen con preferencia el interés de Zanca corren el riesgo de no ser convenientemente ponderados.

Zanca ha hecho muy bien al recortar como objeto de análisis a esos católicos que hicieron suyas muchas de las posturas renovadoras e intentaron establecer con el mundo un tipo de relación diferente del que habían concebido en general sus antecesores, protagonistas de las lides del período de entreguerras. Como en todos los estudios, hay aspectos que podrían desarrollarse ulteriormente y afirmaciones que podrían discutirse. Conciente de estos límites, Zanca ha sido lo suficientemente sabio como para ofrecernos un trabajo que no se propone como última palabra sobre el tema, sino más bien como una invitación a seguir pensándolo.